

# *DONDE LOS HILOS GUARDAN LA MEMORIA*

Un viaje por los saberes ancestrales de la lana en Cayambe

Ana Mercedes Chimarro Tutillo  
Diana Carolina Abril Lucero



# ***DONDE LOS HILOS GUARDAN LA MEMORIA***

Un viaje por los saberes ancestrales de la lana en Cayambe



Ana Mercedes | Diana Carolina  
Chimarro Tutillo | Abril Lucero

## **DONDE LOS HILOS GUARDAN LA MEMORIA**

Un viaje por los saberes ancestrales de la lana en Cayambe

© Editorial Instituto Tecnológico San Antonio, 2026.

e- ISBN: 978- 9942- 576- 16- 3

Ana Mercedes Chimarro Tutillo

Diana Carolina Abril Lucero

### **Autoras**

Johanna Naranjo García

### **Revisión texto**

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización del titular de los derechos.

## **CONSEJO EDITORIAL / Instituto Tecnológico San Antonio – TESA**

Guillermo Albán Maldonado

### **Rector**

Cynthia Vázquez Jara

### **Canciller**

Katiuska Espinoza Pérez

### **Vicerrectora Académica**

Johanna Naranjo García

### **Vicerrectora de Investigación y Vinculación**

Cristian Tasiguano Pozo

### **Director de Investigación y Editorial**

**Diseño & Diagramación:** Diana Carolina Abril Lucero

# DEDICATORIA

A las abuelas que con sus manos tejieron caminos,  
a las madres que aún guardan el arte en su memoria,  
a las niñas que aprenderán a reír el futuro con orgullo.  
Cada hilo que tejemos juntas, es una forma de resistir.

*Este libro es para ustedes.*

# ÍNDICE

## PRÓLOGO

## HISTORIA

### CAPÍTULO 1: El inicio del ciclo

#### Introducción

### CAPÍTULO 2: Esquila

#### Preparar, cortar y agradecer

### CAPÍTULO 3: Lavado

#### Lavar, secar y escarmenar

### CAPÍTULO 4: Cardado

#### Peinar y estirar la fibra

## CAYAMBE: TIERRA DE MEMORIA Y LANA

### CAPÍTULO 5: El arte del hilado

#### Huso y manos: saberes en movimiento

### CAPÍTULO 6: Tejer la identidad

#### Entrelazados y puntos

#### Puntadas que cuentan historias

### UN GRAN LEGADO: Futuras generaciones

### EPÍLOGO: El hilo que no se rompe

## GLOSARIO

## BIBLIOGRAFÍA



# PRÓLOGO

Existen proyectos que cumplen un requisito académico y existen otros que trascienden las aulas para convertirse en actos de memoria, identidad y transformación social. Este libro pertenece a la segunda categoría. He tenido la oportunidad de acompañar a muchos estudiantes en sus procesos de formación. Sin embargo, hay historias que dejan una huella profunda porque nos recuerdan el verdadero propósito de la educación. Dar voz a quienes tienen algo valioso que preservar y compartir con el mundo.

La historia que da origen a este libro comenzó cuando Anita llegó a la carrera de Modas. Desde los primeros días habló con convicción sobre la lana de oveja, sobre las mujeres de su comunidad y sobre los saberes que había heredado de sus mayores. Mientras otros buscaban tendencias, mercados o innovaciones tecnológicas, ella tenía una preocupación distinta, evitar que desapareciera un conocimiento ancestral que durante generaciones había dado identidad a las comunidades indígenas de Cayambe.

Aquella inquietud se transformó con el tiempo en su proyecto de titulación. Tuve el privilegio de enseñarle, guiarle durante ese camino y de observar cómo cada página era construida desde la investigación, pero también desde el amor profundo hacia su comunidad y hacia la historia de su familia.

Detrás de este proyecto existe una realidad que merece ser contada. Anita es una mujer indígena, madre y luchadora. Como muchas mujeres de nuestro país, ha debido enfrentar barreras económicas, sociales y culturales que en más de una ocasión parecían poner en riesgo sus sueños. Recuerdo conversaciones cargadas de incertidumbre, cansancio y preocupación. Sin embargo, también recuerdo su fortaleza, su capacidad para levantarse y seguir adelante cuando las circunstancias parecían adversas.

Mi papel como docente fue acompañarla, orientarla y recordarle aquello que a veces olvidamos cuando las dificultades nos abruma, que los sueños también son una forma de resistencia. Pero la verdadera fuerza siempre estuvo en ella y su perseverancia permitió que este proyecto creciera y que, más allá de una investigación académica, se convirtiera en una herramienta para fortalecer el trabajo de las mujeres de su comunidad, visibilizar sus conocimientos y contribuir a la preservación de una práctica que forma parte del patrimonio cultural de Cayambe y del Ecuador.

También existe una historia familiar que atraviesa estas páginas. Anita creció escuchando relatos sobre sus abuelos, quienes trabajaron en la industria textil de Cayambe en una época marcada por profundas desigualdades sociales. Como muchos indígenas de entonces, participaron en la producción textil sin que sus conocimientos y aportes fueran plenamente reconocidos. Recuperar el proceso de la lana es también una forma de honrar esa memoria, de reconocer el trabajo de quienes sostuvieron una tradición que ha sobrevivido al paso del tiempo.

Quizás por eso este proyecto encontró eco en mí desde el primer momento. Siempre he sentido una profunda admiración por los oficios textiles, por los procesos manuales y por la riqueza cultural que habita en cada fibra, cada tejido y cada puntada. Creo firmemente que la moda no comienza en las pasarelas ni en las vitrinas; comienza en las manos de quienes transforman una materia prima en identidad, en historia y en patrimonio. Este libro nace precisamente de esa convicción.

Tomando como base el valioso trabajo de investigación desarrollado por Anita, decidimos transformar el contenido técnico del manual en una narración que permitiera acercar estos conocimientos a más personas. Así, el lector no solo conocerá el proceso de obtención de la lana, sino que recorrerá un camino lleno de recuerdos, enseñanzas y experiencias transmitidas de generación en generación.

Cada capítulo escrito y sentido de este libro, busca rendir homenaje a las mujeres que cardan, hilan y tejen; a las abuelas que enseñan con paciencia; a las madres que preservan los saberes; y a las nuevas generaciones que tienen en sus manos la responsabilidad de mantener viva esta herencia cultural. Deseo profundamente que quienes lean estas páginas comprendan que la lana es mucho más que una fibra textil. Es memoria, identidad, territorio y comunidad. Es el reflejo de una sabiduría construida durante siglos y transmitida a través de las manos de quienes nunca dejaron de creer en el valor de sus raíces.

Finalmente, quiero agradecer a Anita por su confianza, por permitirme acompañarla en este camino y por recordarnos que la educación tiene sentido cuando se pone al servicio de las personas y de sus comunidades. Su trabajo demuestra que preservar la cultura no es mirar al pasado con nostalgia, sino construir futuro desde la memoria.

Que este libro sea un homenaje a quienes vinieron antes, una inspiración para quienes continúan tejiendo y una invitación para que las futuras generaciones mantengan vivo el hilo que une nuestra historia con nuestro porvenir. Este libro es para todos.

Carolina Abril

*Gestora y Diseñadora de Moda*



# HISTORIA

Hace mucho tiempo, cuando los caminos aún eran de piedra y el cielo se tocaba con los dedos, Cayambe ya era una tierra sagrada. Allí, al pie del nevado blanco que lleva su nombre, los pueblos originarios tejían su vida en armonía con la naturaleza. Cayambe no solo fue tierra de cultivo y agua, sino también de sabiduría ancestral.

Los kayambis y los habitantes originarios de esta región, desarrollaron una cultura rica en agricultura, astronomía y textilería. Las montañas les enseñaban los ciclos del tiempo; el maíz, a tener paciencia; y los telares, a unir los hilos del mundo. Antes de que llegaran los españoles, ya se hilaban con algodón silvestre, se teñía con raíces y cortezas, y se tejía para vestir, proteger y contar historias.

Con la llegada de la colonización, muchas cosas cambiaron. Los telares europeos, el uso del borrego traído de Europa, y nuevas formas de trabajo se mezclaron con las prácticas indígenas. Pero en Cayambe, las mujeres guardaron el arte de sus abuelas, siguieron hilando, teñiendo, y tejiendo a mano, en silencio, desde las cocinas de adobe.

Hoy, ese saber sigue vivo en los dedos de las mujeres que enseñan a las niñas a cardar con cariño, a hilar con respeto y a tejer como quien escribe su propia historia. Porque Cayambe no solo guarda el nevado, guarda el hilo de una memoria que no se quiere perder.



## EL INICIO DEL CICLO

En las tierras altas de Cayambe, donde el frío acaricia la piel y el viento murmura historias antiguas, el trabajo con lana no es solo una práctica, es un acto de memoria. Cada hebra, cada nudo, cada torsión del hilo, guarda en sí, siglos de saberes compartidos entre mujeres, transmitidos de generación en generación como un susurro que no se ha querido apagar.

Yo lo aprendí de mi abuela, en aquellas mañanas donde el humo del fogón se mezclaba con el olor de la lana húmeda. Con su voz pausada y sus manos firmes, me fue enseñando que hilar no es solo girar la rueca, sino sostener el tiempo. Mientras esquilábamos juntas o lavábamos con ceniza, me contaba que cada técnica tenía alma y que, si la escuchaba bien, la lana me hablaría también. Antes que las manos puedan hilar, hay un camino que recorrer. Un proceso que comienza en los campos junto a las ovejas que pastan en silencio y que avanza con cuidado por cada etapa: la esquila respetuosa, el lavado paciente, el cardado amoroso y el hilado preciso.

Este, es un libro-cuento que invita a recordar ese camino; a recorrerlo con los ojos del corazón y las manos abiertas al aprendizaje. Aquí se encuentran las técnicas que han tejido la historia de Cayambe, no solo como recetas frías, sino como actos vivos que aún respiran en los telares.

Porque antes de crear una prenda, primero hay que entender que la lana es tiempo, es vínculo, es raíz.



# ESQUILA

## Preparar, cortar y agradecer

Un día de junio, cuando el verano aún no ha llegado del todo, el sol empieza a cambiar su rumbo y los animales perciben, antes que nadie, el llamado de una nueva estación. En los corrales, todo comienza en silencio; el pastor, acompañado por dos o tres perros fieles, guía a las ovejas con paciencia, mientras las alimenta con la hierba fresca de la montaña.

Con el paso de los días, la lana crece de cinco a siete centímetros, cubriéndolas como un abrigo generoso. Es un regalo que se recibe con respeto, no solo por la necesidad que representa, sino por el lazo profundo que nos une a la tierra y a los seres que la habitan.

Lo que está por comenzar no es únicamente una técnica, sino un rito antiguo. Una práctica que ha resistido el paso del tiempo, sostenida por la palabra dicha al oído, por las manos que enseñan y aprenden, y por la memoria viva que viaja de una generación a otra.







Recuerdo la primera vez que vi a mi abuela esquilar. Recostaba a la oveja con una delicadeza infinita sobre una manta limpia, cuidando siempre de no asustarla. Sus manos, firmes y sabias, sostenían con suavidad las patas delanteras y traseras del animal, como si en ese gesto también la abrazara.

Luego, tomaba las grandes tijeras de hierro, afiladas a mano, con una serenidad que me dejaba sin aliento. Comenzaba a trasquilar con una precisión casi invisible, cortando la lana por secciones, desde el cuello hasta las patas, de forma continua y con movimientos seguros, siguiendo el ritmo pausado de su propia respiración. Con paciencia, giraba el cuerpo del animal para continuar, siempre atenta, siempre cuidando. La lana caía en ondas suaves sobre la manta, como nieve tibia que se desliza en silencio.





Mientras trabajaba, sin interrumpir el vaivén de sus manos, me susurraba: “La oveja no sufre si se le agradece en el alma”. También me contaba que las esquiladoras más hábiles logran retirar el vellón en una sola pieza, conservando su forma y facilitando su limpieza posterior. Yo, apenas comprendía el sentido profundo de sus palabras, pero las guardé dentro de mí, como quien atesora un canto antiguo que algún día aprenderá a descifrar.

Al terminar, separaba la lana más limpia —la de primera— de aquella que había estado en contacto con el suelo o con las partes más expuestas del animal. “Esta clasificación es el inicio de un buen tejido”, me decía. La lana recién esquilada se guardaba en sacos de tela, lejos de la humedad, a la espera de ser lavada con el agua clara de los riachuelos.

Así, comienza el viaje de la lana: con respeto, con manos firmes y con la certeza de que aquello que se corta no se pierde, sino que se transforma.





# LAVADO

## Lavar, secar y escarmenar

Después de la esquila, la lana aún lleva consigo el peso del campo, trocitos de pasto, polvo del camino y la grasa natural del animal. Es entonces cuando comienza el segundo rito del proceso, el lavado.

Las mujeres de Cayambe han aprendido a reconocer cuando la lana esta lista para soltar sus impurezas. No se lava cualquier día, sino cuando el sol calienta con fuerza y el viento no amenaza con lluvia. El agua viene de las vertientes limpias de la montaña, fría como el aliento del nevado, clara como la historia que se quiere conservar. Mi abuela tocaba la lana con la yema de los dedos y decía: "Ahora sí estás lista para soltar lo que no te pertenece". Era como si hablara con la fibra misma, como si se entendieran en una conversación profunda. Ella aprendió esto mirando a su madre, y ella a su madre, y así, como un hilo que nunca se corta.

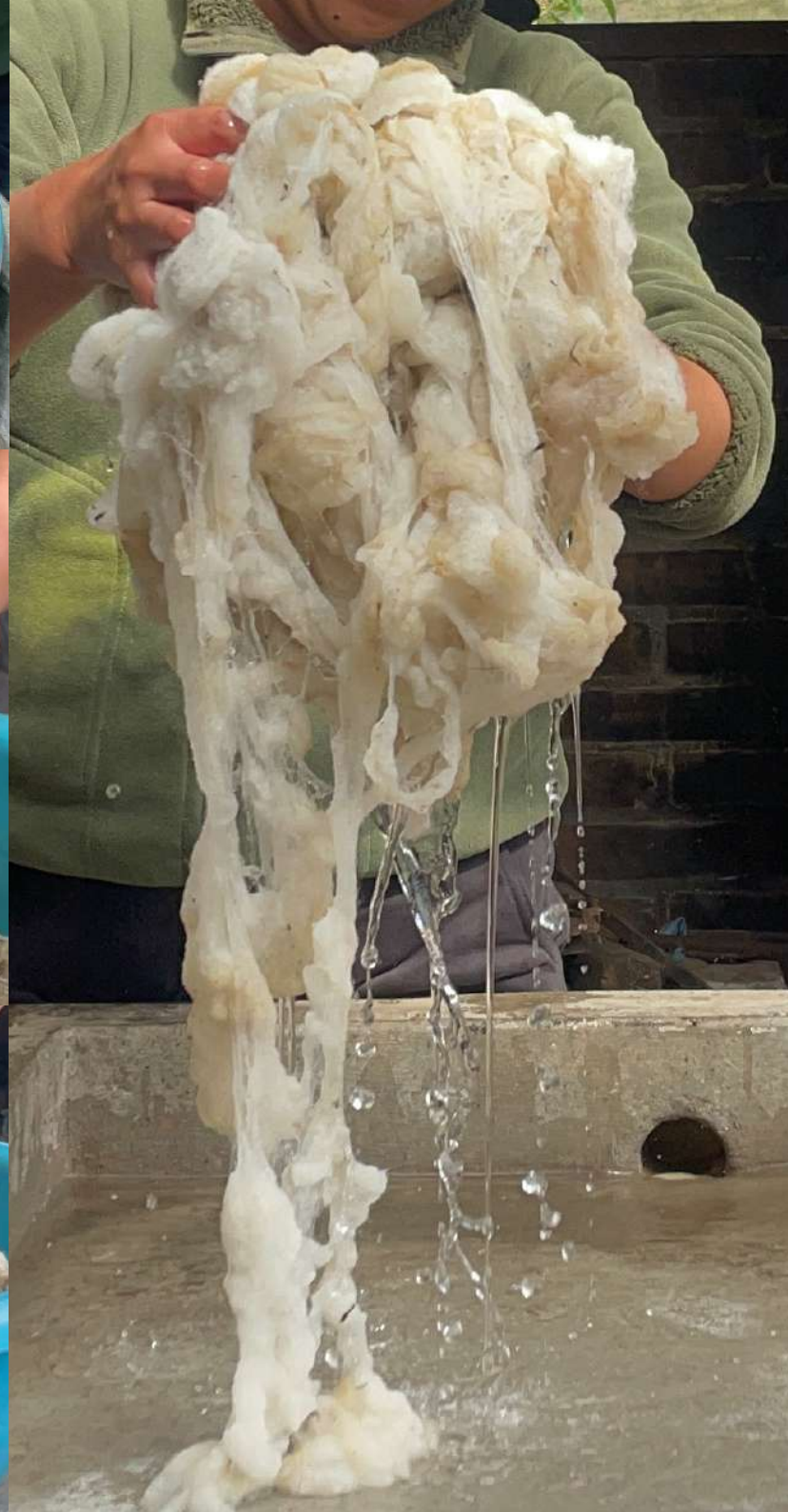
En recipientes, la lana se sumerge con suavidad; no se frota con fuerza, porque la fibra tiene memoria y siente cuando la tratan con dureza. Se aprieta y se suelta, se enjuaga varias veces y se deja que el agua corra a través de sus fibras. Poco a poco, el agua se enturbia, llevándose la tierra del campo, el olor del sol, del viento y de la lluvia que alguna vez tocó ese vellón. Entonces se cambia el agua, una y otra vez, hasta que por fin corre limpia, como la de los ríos del páramo.



Para lavar la lana, mi abuela decía que se usa ceniza fina, esa que se recoge del fogón. Me contaba que, al mezclarla con agua, se convierte en un limpiador natural. También se utilizan plantas saponinas, como el sachá paraíso; estas contienen compuestos que generan espuma al agitarse con agua, actuando como jabones naturales, además de tener propiedades insecticidas y protectoras contra hongos. “La naturaleza sabe limpiar sin herir”, decía ella, y yo le creía, porque la lana salía distinta, más ligera, como si hubiera soltado un peso antiguo. Estos métodos se los usan cuando se busca un lavado más profundo y tradicional.

Y así, entre agua, espuma y silencio, la lana comienza su nueva vida. Ya no es solo el abrigo de la oveja, sino el inicio de algo que nuestras manos transformarán con respeto. Una vez limpia, se extiende durante un par de días sobre mantas, en patios soleados o sobre piedras planas, y se deja secar al aire. El sol, no solo seca, purifica y el viento se lleva lo que ya no pertenece a la fibra.







# CARDADO

## Peinar y estirar la fibra

Después del lavado y el escarmenado, la lana es liviana, limpia y suave, pero aún está desordenada, como los pensamientos al despertar. Sus fibras se cruzan en distintas direcciones, guardando todavía la memoria del vellón que alguna vez protegió a la oveja del frío y la lluvia. Para que pueda convertirse en hilo, primero hay que organizar esas fibras, y eso se logra mediante el arte del cardado.

—Cardar es peinar la lana —decía mi abuela—, desenredarla, alinear sus hebras y devolverle la dirección que seguirá cuando se convierta en hilo. Pero no se trata únicamente de una técnica, es un momento de concentración, paciencia y ritmo. Cuando ella cardaba, lo hacía en silencio, con la respiración acompasada al movimiento de sus manos. Parecía escuchar algo que los demás no podíamos oír, como si la lana le contara secretos antiguos mientras se abría lentamente bajo los dientes de las cardas.







Me comentaba que en Cayambe las herramientas tradicionales para este trabajo son los cardones o cardas, dos tablas provistas de clavos pequeños o alambres curvos, semejantes a grandes cepillos que se enfrentan entre sí. Cada familia tenía sus propias herramientas, cuidadas durante años y transmitidas de generación en generación junto con el conocimiento del oficio.

En tiempos muy antiguos, cuando el acceso a los metales era limitado, también se usaban cardas hechas con pencas secas o incluso con vainas espinosas. Estas últimas son plantas que tienen estructuras rígidas en forma de cono, cubiertas de pequeñas espinas en forma de gancho que resultaban perfectas para abrir las fibras de la lana y eliminar impurezas sin cortar el pelo.

La lana se coloca sobre una de las cardas y, con movimientos firmes pero suaves, se pasa la otra carda en dirección contraria. Una y otra vez, sin prisa, sin brusquedad. El sonido que produce —un roce seco y repetido— se convierte en música para quien ha aprendido el oficio. Es una melodía sencilla que se queda grabada en la memoria, igual que el canto del telar, el crujir de la leña encendida o el murmullo del viento que baja desde los páramos.







Poco a poco, las fibras comienzan a acomodarse. Lo que antes era un conjunto enredado se transforma en una nube uniforme y esponjosa. Cada pasada de las cardas elimina pequeños nudos, separa las fibras y les devuelve ligereza. La lana parece respirar, expandirse y prepararse para la siguiente etapa de su transformación.

Mi abuela observaba con atención cada mechón y sabía exactamente cuándo estaba listo. No hacía falta medir ni contar movimientos, eran los años de experiencia los que guiaban sus manos. Entonces recogía la lana cardada y la enrollaba formando guangos suaves y alargados, preparados para el hilado. Cada guango parecía guardar dentro de sí una pequeña historia, listos para continuar su camino.

Así termina el cardado, una labor que puede parecer sencilla a los ojos de quien la observa por primera vez, pero que encierra sabiduría, memoria y cuidado. Porque antes de hilar, la lana debe aprender a ordenarse y en ese acto de poner cada fibra en su lugar, también se conserva el conocimiento que las abuelas han tejido durante generaciones.







# EL ARTE DEL HILADO

## Huso y manos: saberes en movimiento

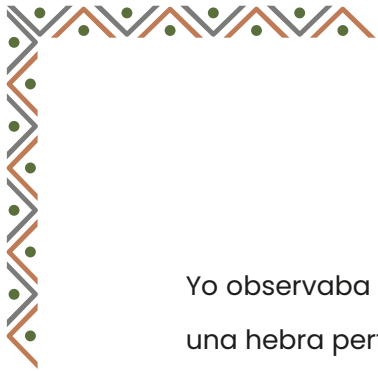
Con los guangos de lana en la mano, el corazón empieza a latir más despacio. El siguiente paso es transformar la fibra suelta en una hebra firme, larga y continua. Es en el hilado donde la lana empieza verdaderamente a narrar su historia.

—Ahora vamos a hilar —me decía mi abuela mientras tomaba el huso con la misma naturalidad con la que otras personas toman una cuchara o una aguja. Aquí es donde la lana empieza a contar quién es.

En Cayambe, como en muchas comunidades andinas, el hilado tradicional se realiza con un instrumento sencillo y antiguo llamado Huso. Es una varilla de madera liviana y alargada, más estrecha en los extremos, rematada con una pieza circular de barro, madera, hueso o cerámica llamada Pururo. Este se coloca en el extremo inferior del huso y su función es fundamental, porque actúa como un volante de inercia que proporciona el peso necesario para estabilizar y hacer girar el huso. Este movimiento de rotación es lo que permite torcer las fibras para convertirlas en un hilo continuo y resistente.







Yo observaba fascinada cómo aquel objeto tan simple podía transformar un puñado de lana en una hebra perfecta. Parecía magia, pero mi abuela sonreía cuando yo lo decía.

—No es magia —respondía—. Son años de práctica y paciencia.

Cuando era niña, veía como cada mujer acomodaba el huso de acuerdo con su forma de vivir. Las que vestían falda o llevaban el traje tradicional indígena solían sujetarlo a la cintura. Así, el huso quedaba firme y libre para girar, podían hilar mientras caminaban por los senderos, cuidaban a los animales o conversaban con las vecinas. Este modo de hilar les permitía acompañar sus múltiples tareas diarias, porque los pasos se mezclaban con los giros del huso y el hilo avanzaba al mismo ritmo que la vida misma.

Actualmente, he visto que otras mujeres que ya no visten el traje tradicional, han encontrado otra forma de acomodar el huso. Ellas colocan entre sus rodillas la lana cardada, y generalmente, hilan sentadas. En esta postura el cuerpo se recoge y las manos trabajan con calma, permitiendo un control más cercano de la torsión y del grosor del hilo. Aunque es distinto, el resultado es el mismo, solo resalta su destreza.







Mi abuela decía que la tradición es como el agua de las acequias, sigue su camino, pero encuentra nuevas formas de recorrerlo. Por eso el huso se adapta a cada mujer, a su vestimenta, a sus costumbres y a sus tiempos. Ya fuera caminando por los caminos de la comunidad o sentadas junto al fogón, las hiladoras continúan transformando la lana en hilo, manteniendo vivo un conocimiento que cambia sin desaparecer.

Entonces comienza el trabajo más delicado. Los dedos toman pequeñas cantidades de lana del guango y las van estirando poco a poco, buscando tener la cantidad exacta que permitirá que el hilo nazca parejo y con el grosor ideal, manteniendo la tensión justa para que este no se rompa, pero tampoco quede flojo.

Yo veía cómo los dedos de mi abuela se movían sin esfuerzo cuando hilaba, como si conocieran el camino por sí solos.

—Las manos también tienen memoria —me decía.





Y era verdad. Cada movimiento parecía guardar las enseñanzas de años de práctica, observando a las madres, a las abuelas, a quienes vi repitiéndolo una y otra vez de forma automática, como si el conocimiento estuviera más en el cuerpo que en la mente, hasta que el movimiento se volvía natural. Con el tiempo comprendí que hilar era una especie de danza tranquila. Las manos estiraban, el huso giraba y el hilo nacía sin prisa.

El tipo de hilo que se obtiene varía según la técnica y el uso. El hilo más fino y parejo se reserva para prendas delicadas, como fajas, chales o blusas. Los más gruesos, sirven para tejer cobijas, ponchos y otras piezas destinadas a acompañar el trabajo y los días fríos. También se puede hilar a dos hebras, uniendo dos hilos simples mediante una torsión en sentido contrario. Así se obtiene una hebra más fuerte, ideal para tejidos que resistan el paso del tiempo y las inclemencias del clima andino.



A diferencia de los procesos industriales, el hilado artesanal respeta el ritmo humano. Aquí no hay máquinas que aceleren el tiempo, solo manos, husos y paciencia. Ese hilo, ese pequeño cordón de vida, no solo une fibras, une generaciones, historias e identidades. Hilando se aprende a esperar, a no apurar lo que aún no está listo. Y, sobre todo, se aprende que cada hilo, por más delgado que sea, sostiene el tejido de una cultura viva.







# TEJER LA IDENTIDAD

## Entrelazados y puntos

Cuando el hilo ya está listo, llega el momento que más le gustaba a mi abuela. Ella decía que hasta entonces la lana había recorrido un largo camino, pero que todavía le faltaba convertirse en algo capaz de abrazar, proteger y acompañar.

—Ahora sí empieza la verdadera magia —me decía mientras acomodaba las agujas entre sus manos. Y entonces comenzaba a tejer.

Tejer no es solamente unir hebras. Es entrelazar saberes, recuerdos y sueños. En Cayambe, el tejido es un lenguaje silencioso que pasa de una generación a otra sin necesidad de libros ni escuelas. Nace en las manos de las mujeres y permanece vivo en cada puntada.

Con palillos de madera, agujas sencillas o telares de cintura, las tejedoras dan forma a su historia. Cada prenda es única, un suéter que abriga las mañanas frías, una faja que sostiene el cuerpo durante largas jornadas de trabajo o esas mantas que guardan el calor de la familia. No existe la prisa. Solo la paciencia y el amor por aquello que se crea.





Mi abuela decía que trabajar con lana de oveja era aprender a escuchar. La lana es noble, pero también exigente. A veces se rompe, otras veces se enreda, y no son pocas las ocasiones en que obliga a deshacer varias vueltas para volver a empezar. Pero justamente allí está la enseñanza. Tejer nos recuerda que la belleza no nace de la rapidez, sino de la constancia.

Mientras las agujas avanzan, la lana deja de ser hilo y comienza a transformarse en identidad. Cada color tiene algo que decir. El crudo natural de la oveja nos habla de la pureza de la montaña. Los tonos oscuros recuerdan la fuerza de la tierra húmeda y fértil. Los colores intensos acompañan las fiestas, las celebraciones y los encuentros comunitarios. Ninguno aparece por casualidad; cada uno guarda una relación profunda con el territorio y con la memoria de quienes lo habitan.



También los diseños cuentan historias. Un rombo, una línea, una figura repetida o una textura particular pueden identificar a una familia, una comunidad o una tradición específica. Son huellas tejidas que viajan de generación en generación y que dicen en silencio: “Aquí estamos. Este es nuestro origen”.

Por eso, vestir una prenda tejida a mano es mucho más que cubrir el cuerpo. Es llevar consigo una historia, una memoria y una forma de entender el mundo. Aunque hoy existan telas fabricadas por máquinas y prendas producidas en serie, los tejidos hechos a mano conservan algo que ninguna industria puede reproducir; el tiempo, el cariño y la sabiduría de quien los creó. Cada puntada es un acto de resistencia. Cada prenda terminada es una forma de mantener viva la herencia de nuestras abuelas y las raíces de nuestra cultura.







## Puntadas que cuentan historias

Una tarde le pregunté a mi abuela si todas las puntadas eran iguales. Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No, hija. Así como las personas, cada puntada tiene su carácter.

Entonces comenzó a enseñarme.

**1. El punto derecho** es firme y seguro. Es el más conocido y el primero que muchas aprendemos. Mi abuela decía que se parece a los caminos antiguos: sencillos, constantes y capaces de llevarnos siempre de regreso a casa.

**2. El punto revés** parece el hermano silencioso del punto derecho. Desde atrás sostiene lo que otros ven por delante. Nos recuerda que muchas veces el trabajo más importante es también el más discreto.

**3. El punto elástico**, que combina derechos y reverses, se estira y vuelve a su lugar sin romperse. Es como nuestra comunidad, capaz de adaptarse a los cambios sin perder su esencia.



1



2



3



4



5



**4. Las trenzas u ochos** cruzan unos hilos sobre otros formando caminos entrelazados. Mi abuela decía que representan a las familias; vidas distintas que avanzan juntas y se fortalecen mutuamente.

**5. El calado** deja pequeños espacios abiertos en el tejido. A través de ellos pasa la luz. Nos enseña que no todo debe estar lleno; también necesitamos espacios para respirar, aprender y crecer.

Y cuando una puntada se equivoca, no siempre es el final. A veces toca deshacer varias vueltas y comenzar de nuevo. Entonces comprendemos una de las lecciones más valiosas del tejido, volver a empezar también forma parte del aprendizaje.

Así, las puntadas se convierten en palabras y las prendas en historias. Cada mujer teje con un ritmo distinto, con una fuerza distinta y con una memoria distinta. Por eso no existen dos tejidos iguales. Cuando una prenda termina de nacer, no vemos solamente lana transformada. Vemos paciencia convertida en abrigo, recuerdos convertidos en textura y cultura convertida en legado.







# UN GRAN LEGADO

## Futuras generaciones

Tal vez algún día una niña abra este libro y encuentre entre sus páginas la misma curiosidad que yo sentía cuando observaba a mi abuela trabajar. Quizás tome un copo de lana, lo carde, lo hile y lo convierta en tejido. Y entonces comprenderá que no está aprendiendo únicamente una técnica. Estará recogiendo una historia que viene caminando desde hace muchas generaciones.

Porque mientras exista alguien dispuesto a hilar, tejer y compartir lo aprendido, la memoria de Cayambe seguirá viva. Como un hilo que nunca se rompe y que continúa avanzando, puntada tras puntada, hacia el futuro.





## EPÍLOGO

---

### El hilo que no se rompe

El sol volvió a aparecer tras las montañas, como cada mañana en Buena Esperanza de Cangahua, comunidad guardiana de tradiciones en lo alto de Cayambe, en la mitad del mundo.

Allí, donde el viento acaricia los páramos y las ovejas pastan libres; las manos de las mujeres sabias y firmes siguen hilando historias en cada hebra de lana. Ya no son solo recuerdos, son saberes vivos, tejidos con amor, paciencia y memoria.

Este libro no es un fin, sino un nuevo comienzo. Es una invitación a mirar hacia atrás con orgullo y hacia adelante con responsabilidad. Que cada niña que escuche este relato sepa que en sus manos también vive la herencia de sus abuelas, que cada hilo que gire entre sus dedos, puede ser un acto de resistencia, belleza e identidad.

Que nunca se pierdan las voces que nos enseñaron a hilar con el corazón, y que siempre haya alguien dispuesto a escuchar, aprender y continuar.

*Porque mientras haya lana, habrá memoria.*



# GLOSARIO

**Esquila:**

Corte de la lana de las ovejas. Se realiza de manera cuidadosa para no dañar al animal, ni las fibras.

**Sacha paraíso:**

Planta nativa utilizada por sus propiedades limpiadoras en el lavado tradicional de la lana.

**Vellón de lana:**

Manto completo de lana obtenido de una oveja durante una sola esquila.

**Descerdado:**

Proceso de retirar impurezas, fibras gruesas, paja, espinas y otros elementos extraños presentes en la lana antes del cardado.

**Lana de primera:**

Lana más suave y limpia, separada del vellón más sucio.

**Cardas:**

Herramientas tradicionales para cardar, compuestas por dos tablas con clavos pequeños o alambres curvos.

**Cardado:**

Proceso de peinar la lana con herramientas llamadas cardas para desenredar, alinear y suavizar las fibras antes del hilado.

**Borra:**

Fragmentos cortos, enredados o de menor calidad que se desprenden durante el cardado y que generalmente no se utilizan para hilar hilos finos.

**Chaguarquero:**

Recipiente, canasto o espacio destinado a guardar la lana durante las diferentes etapas del proceso.

**Guango:**

Rollos o porción de lana cardada, lista para ser hilada.

**Mecha:**

Tira continua de fibras alineadas obtenida después del cardado, preparada para el hilado.

**Hilado:**

Técnica de torsión de las fibras de lana para formar un hilo continuo, utilizando herramientas como el huso.

**Hebra:**

Hilo simple obtenido mediante el hilado de las fibras de lana.

**Huso:**

Varilla de manera usada para hilar. Gira gracias al impulso manual y permite transformar la lana cardada en hilo.

**Piruro:**

Pieza circular ubicada en la base del huso, le da estabilidad y permite que gire adecuadamente durante el hilado.

**Ruedo:**

Movimiento giratorio continuo que realiza el huso durante el hilado.

**Tejido:**

Proceso de entrelazar hilos para crear textiles. En Cayambe, se realiza con herramientas como palillos, agujas o telares tradicionales.

**Telar de cintura:**

Herramienta tradicional de tejido que se sujeta al cuerpo del tejedor, permitiendo controlar la tensión del hilo y crear diseños complejos.

**Tejido ancestral:**

Textil elaborado mediante conocimientos y técnicas transmitidas de generación en generación dentro de una comunidad.

**Teñido natural:**

Proceso de coloración de las fibras o hilos utilizando plantas, flores, cortezas, raíces, insectos o minerales.

**Urdimbre:**

Conjunto de hilos colocados longitudinalmente en un telar que sirven de base para la construcción del tejido.

**Trama:**

Conjunto de hilos que se entrecruzan perpendicularmente con la urdimbre para formar un tejido.

**Memoria textil:**

Conjunto de conocimientos, prácticas, símbolos y significados culturales asociados a la producción tradicional de textiles.

**Saber ancestral:**

Conocimiento transmitido oralmente entre generaciones que forma parte del patrimonio cultural de una comunidad.

**Patrimonio cultural:**

Manifestaciones, conocimientos, técnicas y tradiciones que una comunidad reconoce como parte de su identidad y herencia colectiva.

**Cosmovisión andina:**

Forma de comprender el mundo de los pueblos andinos, basado en la relación de reciprocidad y respeto entre las personas, la naturaleza y la espiritualidad.



## BIBLIOGRAFÍA

Arnold, D. y Espejo, E. (2013). *El textil tridimensional: La naturaleza del tejido como objeto y como sujeto*. ILCA.

Castillo, M. (2020). Hilar memorias para tejer historia: hacia una antropología textil en Oaxaca. *Revista Euroamericana De Antropología*, (9), 125–139. <https://doi.org/10.14201/rea20209125139>

CHIRAPAQ. (2024). *Mujeres indígenas y justicia económica. Una reflexión colectiva y compartida*. Centro de culturas Indígenas del Perú.

Díaz, R., Sanchez, P., & Henriquez, T. (2017). Innovación y Competitividad en el Sector Artesanal. *Recherches en Sciences de Gestion*, 121(4), 41–66. <https://doi.org/10.3917/resg.121.0041>.

Howard, R. (2010). *Textiles and identity in the Andes*. Austin: University of Texas Press.

Monsalvo, M. (2011). Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, 41(1), 173–175. Recuperado a partir de <http://hdl.handle.net/10469/4013>

Paredes, J. 2014. *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. Editorial: El rebozo México.

Prieto, M. (2004). *Liberalismo y temor: imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial*. Quito: FLACSO sede Ecuador.

Quijano, A. (2019). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. *Espacio Abierto*, 28(1), 255-301. Recuperado a partir de <https://produccioncientificaluz.org/index.php/espacio/article/view/29720>

Salomón, F. (2011). *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas: la economía política de los señoríos norandinos* (2. ed., corr. y aum.). Instituto Metropolitano de Patrimonio: Universidad Andina Simón Bolívar.

Stern, S. (1982). *Peru's Indian peoples and the challenge of Spanish conquest*. Madison: University of Wisconsin Press.

Toro, L. y Acosta, M. (2024). *Hilado a mano en la Sierra ecuatoriana*. Editorial UTN. Recuperado de <https://repositorio.utn.edu.ec/handle/123456789/16632>

Vaca, M., Quishpe, V., Condolo, L., & Velasco, L. (2020). Características fisiológicas del vellón ovino y su efecto termorregulador en el uso de emprendimientos textiles. *Revista Polo del conocimiento*, 5 (8), 561-579. Recuperado a partir de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7554334>

Valencia, C. (2016). *Mejoramiento del proceso técnico para la preparación y adecuación de la lana de oveja, esquilado, lavado, hilado, tinturado*. Cundinamarca (Colombia).



